

frecuencia se oscurece o llega a desaparecer. Advirtiendo al lector del *Martín Fierro* de Hernández, escribió:

... el Poema es un poema de la realidad histórica más que de la realidad étnica, moral y psicológica. La realidad histórica es un concepto más amplio y central que cualquier otro; se forma con los invariantes que a través de los siglos perpetúan a un pueblo como tipo de raza, de misión, con su fisonomía y su némesis [...] tiene un *ethos*, un rostro, un sino. Confundir en el Poema esos elementos invariantes con los episódicos, al Martín Fierro biográfico con el Martín Fierro histórico, la persona y el personaje, es desvirtuar el propósito expreso del Autor y el sentido de la Obra (15).

He aquí una promulgación clara del concepto de constantes históricas manifestándose a través de los siglos, desvelando gradualmente el destino nacional. En este momento, al menos, no hay intento de justificación causal. No obstante, puede entenderse que tal concepto encontraría un correlativo en términos de constantes humanas, y efectivamente Martínez Estrada rechazó la posibilidad de cualquier cambio real en la condición humana esencial, como si se tratara de algo ilusorio (16).

En la formulación de sus ideas sobre la repetición histórica, Martínez Estrada estaba, sin duda, influido por Oswald Spengler, por cuyas obras había manifestado predilección; existe, empero, amplia evidencia en el sentido de que esta influencia no se limitó al concepto de los ciclos históricos. De la misma manera que su famoso contemporáneo el conde de Keyserling, Spengler era un «teluricista» convencido y poca duda puede haber de que el joven Martínez Estrada fue sensible a pasajes como éste:

El hombre primitivo es un animal *soliviantado*, [...] de sentidos agudos y ávidos, siempre en guardia para ahuyentar a cualquier elemento de la Naturaleza hostil. Una profunda transformación se produce primero con la agricultura [...]. El que cava y ara no pretende saquear, sino *modificar* la Naturaleza. Sembrar no implica tomar algo, sino producir algo. *Pero con esto el hombre mismo se convierte en planta* —es decir, como campesino—. Echa raíces en la tierra que labra, el alma del hombre descubre un alma en el campo, surge un nuevo apego vital entre hombre y tierra, un nuevo sentimiento. La Naturaleza hostil

(15) EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, I (México: Fondo de Cultura Económica, 1948), p. 299.

(16) «El ser humano ve en torno suyo que todo cambia velozmente porque cambia él. Pero ni aun él cambia, porque se lo vuelve a encontrar inclinado sobre la misma vasija y al pie del mismo telar mil años más tarde. El concepto de inmovilidad mental es indispensable ahora, como lo ha fijado Boas, y el concepto de mística y magia de Lévy-Bruhl y Fraser.» (*Las invariantes históricas en el Facundo*, p. 9.)

se convierte en amiga; la tierra se vuelve la *Madre* tierra. Entre el sembrar y el engendrar, entre la cosecha y la muerte, el hijo y el grano, una profunda afinidad se establece (17).

En efecto, uno de los principales postulados de *Radiografía de la pampa*, y que se encuentra reiteradamente a lo largo de toda la obra del ensayista, es que toda la experiencia colonial argentina, desde sus comienzos, fue una violación y una expoliación, completa antítesis de un entendimiento con la naturaleza. La conquista de la región del Río de la Plata, según Martínez Estrada, en lugar de constituir un enraizamiento desde el punto de vista institucional e histórico, produjo una raza flotante y desarraigada, «huéspedes trashumantes de nuestra propia patria» (18). Desde luego el historicismo no tiene por qué terminar en la formulación de tipo círculo cerrado a la que apunta el ensayista, aunque esté siempre abierto a serias objeciones respecto a sus premisas no racionales.

A pesar del atractivo que ejerció sobre la minoría la naturaleza altamente intuitiva de la mayor parte del pensamiento historicista, Martínez Estrada no se interesó por la idea de minoría selecta como salvadora intelectual. Este concepto ofrecía gran interés aún durante la década de 1930, actitud neoplatónica que Rodó había expuesto al comienzo del siglo y que fue más tarde desarrollada por José Ortega y Gasset y Oswald Spengler. En sus momentos más amargados, en efecto, como se ilustra en la última parte del período cubano, el ensayista tomó resueltamente partido contra los epónimos del mundo literario argentino (19). Una lectura superficial de las obras de esta etapa cubana puede inducir a la conclusión de que se trata de un período de producción decadente. A pesar de su enorme trabajo inconcluso sobre Martí y su voluminoso *Semejanzas y diferencias entre los países de la América Latina*, no hay duda de que la distancia de la *Radiografía* o *Muerte y transfiguración del Martín Fierro* a *El verdadero cuento del Tío Sam* y *En Cuba y al servicio de la revolución cubana* es inconmensurable. Se debe, no obstante, resistir a esta tentación. El período de 1961 a 1965, más que una decadencia representa una continuación y un desarrollo de la vena política y polémica que se encuentra a lo largo de la obra de Martínez Estrada y que es un exponente de una postura

---

(17) OSWALD SPENGLER: *The Decline of the West*, II (New York: Alfred A. Knopf, 1929), pp. 89-90.

(18) EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Cuadrante del pampero* (Buenos Aires: Deucalión, 1956), p. 205.

(19) Véase, por ejemplo, su «Réplica a una declaración intemperante», *Mi experiencia cubana* (Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1965), pp. 121-128. Aunque en la misma vena que los varios tratados propagandísticos que Martínez Estrada produjo en Cuba, éste ofrece la particularidad de que el ensayista ataca amargamente a figuras como Borges, Mallea y Bioy Casares.

básicamente temperamental. Sus contemporáneos argentinos, por ejemplo, no sólo conocían su agudo instinto analítico o brillantemente evocativo de *Heraldos de la verdad*, *En torno a Kafka* o *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, sino también las invectivas iconoclastas de *¿Qué es esto?*, *Cuadrante del pampero*, *Exhortaciones y Las 40*. El crítico en busca del ensayista creador preferirá, sin duda, examinar el primer grupo, pero el que investigue la personalidad esencial de Martínez Estrada se tornará cada vez más hacia el segundo. Además de la fuerte orientación historicista, se encuentra presente una concepción fundamentalmente moralista de la realidad histórica y política. Tal concepción, examinada cuidadosamente, revela una actitud contradictoria, de guerra personal contra todo lo referente a la idea de la autoridad y el estado moderno, y una profunda desconfianza hacia la progresiva erosión de los valores personales por el saber científico y la tecnología. En lo que se refiere al primer término, Martínez Estrada estaba convencido de la imposibilidad de coexistencia entre lo que él llamó el «instituto de fuerza» y el «instituto de derecho» que consideraba inherentes al estado, ya que, con frecuencia, el concepto de ley sólo servía como un disfraz de fuerza (20). De aquí que parezca natural que se opusiese a cualquier tendencia hacia la «despersonalización» o «deshumanización», compañeras inevitables del advenimiento de la sociedad tecnológica. La culminación de su visión moralista de la sociedad se expresó claramente en su *Análisis funcional de la cultura* (1960):

El material específico de la cultura se confunde con el conjunto circundante de los bienes del confort doméstico y espiritual que la sociedad prepara y distribuye economizando esfuerzos y gastos superfluos al consumidor. Simultáneamente, pues, y por un juego de balancines, a medida que se eleva el índice del valor puro de la técnica de laboratorio y de su sección subordinada, la ciencia industrializada, desciende el del saber lúcido o sapiencial (21).

Esta antipatía por la «técnica de laboratorio» y sus efectos en la sociedad fue la base de sus frecuentes alusiones al peligro de «la cultura kitsch» para el hombre moderno. Estas actitudes, tomadas colectivamente, revelan lo que la sociología ha designado como una visión *Gemeinschaft* de la sociedad. Se trata en realidad de una visión del

---

(20) «Anverso del Estado», *La Nación*, 15 de agosto de 1954. En consonancia con esta postura estaba la creencia del ensayista de que la imposibilidad de tal coexistencia se debía a la perpetuación histórica de la barbarie, expuesta por Sarmiento, bajo la apariencia del mismo Estado. Véase, por ejemplo, *Las invasiones*, p. 8.

(21) EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Análisis funcional de la cultura* (La Habana: Casa de las Américas, 1960), p. 66.

mundo que concibe a la sociedad a base de relaciones comunitarias (como opuestas a la asociación o relaciones contractuales), contando con las virtudes tradicionales de vecindad, interdependencia, caridad, etc. Esta orientación, implícita en *Radiografía de la pampa*, se acentuó más y más en los ensayos subsiguientes. Una interpretación admisible de *Cabeza de Goliath* (1940), por ejemplo, podría ser que la obra se encuentra gobernada fundamentalmente por una base de tipo *Gemeinschaft*: la aversión a la influencia deshumanizadora de la gran urbe, en este caso Buenos Aires, pero en realidad cualquier metrópoli. De la misma manera hallamos en *Sarmiento* (1946):

Lo constante en un pueblo son sus sentimientos y no sus ideas, sus reflejos incondicionados de conducta social y no las adquisiciones del saber. Esto muere con cada individuo, pero sus gestos, como sus inflexiones prosódicas, se propagan en los hijos y en los nietos. Eso es lo que se educa fuera de la escuela, lo que nosotros no hemos educado (22).

De manera que son los gestos naturales, los no técnicos, los que realmente simbolizan al pueblo. A veces Martínez Estrada, sin percatarse de ello, contrastó los conceptos de *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*. Refiriéndose a la visión de la civilización expuesta por su mentor (23), afirma:

Para Sarmiento civilización era todo aquello que había hecho de Inglaterra y de los Estados Unidos naciones poderosas, industrialmente desarrolladas, comercial y socialmente organizadas, económica y culturalmente eficaces; pero no se había preguntado qué diferencias y concordancias hay entre la barbarie de los pueblos primitivos y la civilización de los pueblos decadentes. La grandeza que Sarmiento anhela es precisamente la grandeza que encubre la injusticia, la crueldad, la infamia, la codicia. Transportar esos adelantos brutos era agregarles una calamidad científicamente establecida a una calamidad libre y campesinamente engendrada [...]. Sin un plan social de justicia, el progreso es una maldición (24).

De forma que el ensayista establece una dicotomía *Gemeinschaft/Gesellschaft* en términos de los «pueblos primitivos» y «civilización de pueblos decadentes», «calamidad campesinamente engendrada», y «calamidad científicamente engendrada». De la misma manera, en el ensayo que posiblemente expone con más claridad el aspecto *Gemein-*

---

(22) EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Sarmiento* (Buenos Aires: Argos, 1956), página 72.

(23) Debe recordarse que a pesar de la crítica a muchos de los dictámenes de Sarmiento, Martínez Estrada estuvo muy influido por él, hasta el punto de considerarse a sí mismo como su «fidelísimo discípulo». Véase *Meditaciones sarmientinas* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1968), p. 106.

(24) *Sarmiento*, p. 110.

*schaft*, Martínez Estrada afirma de nuevo este concepto de «comunidad» de la Argentina, se trata de las *Exhortaciones*:

Mi pueblo, que es el vuestro, ha sido inducido a la violación más pecaminosa y funesta de la ley, que no consiste en violarla por el delito o la transgresión, que entonces puede castigársela y hasta llegar a ser saludable, sino burlarla por el fraude [...]. Sin una rígida norma de conducta, un pueblo civilizado se coloca o debe ser colocado debajo de los pueblos salvajes, ágrafos o primitivos [...]. Hacer comprender al pueblo, por la incontrastable potestad de la autoridad ética, que un juez es más poderoso que un presidente de la república, y que un general del ejército [...] tan respetable como una madre y como un sacerdote cuando lo es de verdad. Y demostrad lo que sois. Para invocar ese poder sagrado e inmenso no tenéis en la mano la espada de la justicia, ni los Evangelios, sino las tablas de la ley (25).

Como se percibe fácilmente, este pasaje está repleto de alusiones que señalan a una concepción de la sociedad como «comunidad», que constantemente interpreta los problemas a nivel moral. La referencia bíblica en la última línea sirve para confirmar la impresión de que se trata de una invocación provocada por una ira casi profética, cuya presencia se percibe desde el principio. Es de tenerse en cuenta, asimismo, que el ensayista concede igual importancia a la madre que al verdadero sacerdote. Tales concepciones, para resumir, no podían estar más alejadas de las relaciones contractuales, intereses comerciales, del concepto de sociedad como «asociación». De aquí que puedan surgir espontáneamente ciertas tendencias hacia lo que se podría denominar complejo «conspiracional», experimentado cuando tales valores de «comunidad» se ven amenazados por la sociedad «contractual».

Las implicaciones de esta dicotomía como método de análisis de los ensayos de Martínez Estrada tienen incluso una significación más honda en relación con el concepto de civilización y barbarie en el ensayista. Hacia el final de la *Radiografía de la pampa*, rechaza la oposición que de estos términos hace Sarmiento en el *Facundo*; Martínez Estrada los consideraba como partes integrantes de una misma realidad (26). Es decir, que el primitivismo de las áreas rurales había llegado a la ciudad (idea central en *Cabeza de Goliath*), donde se fundió en las manifestaciones de la civilización moderna, defendida por Sarmiento (27). En este punto, no obstante, conviene que hagamos una aclaración. De lo dicho se desprende que, según Martínez Estrada, la sociedad argentina está construida sobre una barbarie perpetuada históricamente

(25) EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Exhortaciones* (Buenos Aires: Burnichón Editor, 1957), pp. 13-14.

(26) *Radiografía de la pampa*, p. 241.

(27) *Sarmiento*, p. 171.